

## NOMBRES PARLANTES FEMENINOS EN LA ONOMÁSTICA PAREMIOLÓGICA ESPAÑOLA

M.<sup>a</sup> ÁNGELES CALERO FERNÁNDEZ

*Estudio General de Lérida*

El estudio de los refranes ha sido abordado desde distintos ángulos a lo largo de la historia. Entre los lingüistas ha interesado, sobre todo, el análisis del lenguaje paremiológico con la pretensión de descubrir su supuesto código lingüístico particular al margen del sistema de la lengua <sup>1</sup>.

Sin embargo, hay otra perspectiva desde la lingüística que se ha revelado sumamente productiva, la que se ocupa de la interrelación existente entre lengua y cultura, a saber, la etnolingüística. Esta ciencia parte de la base de que la lengua es un fiel reflejo de la manera de pensar, sentir y creer de la comunidad que la usa, pero además juega un papel activo esencial en la transmisión, de generación en generación, de ese pensamiento, de ese sentir y de esas creencias, esto es, de la cultura de su pueblo.

Las paremias son, sin ninguna duda, un material inestimable para afrontar un análisis de estas características, ya que, por un lado, participan de los efectos del binomio lengua-cultura, como hechos que son de lengua; y, por otro, son ellas mismas manifestaciones directas de la cultura por formar parte del folklore popular, efecto y espejo de la mentalidad de la tribu.

Una de las maneras de aproximarse a los refranes partiendo de esta óptica consiste en reconstruir las ideas que sustentan acerca de determinados aspectos tales como grupos humanos (la mujer, el eclesiástico, el judío, el rico o el noble), cuestiones de la vida (la muerte, el amor o la vida en pareja), relaciones sociales y políticas, etc. Esta reconstrucción puede basarse con exclusividad en el mero contenido de las fórmulas gnómicas, pero es mucho más precisa y más apropiada cuando estudia además cómo se expresa el tema o los temas de cada paremia, pues la elección de un individuo, de un tipo o de un objeto

---

<sup>1</sup> Digo *supuesto código lingüístico* porque en la investigación que ha constituido mi Tesis doctoral —*La imagen de la mujer a través de la tradición paremiológica española (lengua y cultura)*, Estudio General de Lérida, Universidad de Barcelona, 1990— he demostrado, tras analizar casi 11.000 refranes, que las fórmulas gnómicas no utilizan premeditada y voluntariamente un sistema distinto ni tampoco ajeno al sistema general de la lengua que usan, sino que sus elementos deformadores y sus acuñaciones —mucho menos numerosas de lo que se ha pretendido siempre— son resultado de exigencias de su propia estructura interna; además, la lengua paremiológica se aproxima de forma notoria al registro coloquial.

específico, el hecho de escoger un término concreto y no otro, son significativos, pues informan del pensamiento que subyace y que ha llevado, consciente o inconscientemente, a seleccionar lo que se ha seleccionado dentro del paradigma posible.

En este sentido, los nombres de los personajes paremiológicos pueden aportarnos datos interesantes. Ésta es la hipótesis del trabajo que aquí presento, a saber, que la onomástica gnómica —como mínimo en lo que respecta a los *nombres parlantes* (concepto que desarrollaré más adelante)— ha de ser portadora de un mensaje concreto acerca de aquello que repele la colectividad, aquello con lo que se congratula, o lo que admira o detesta.

No es una suposición descabellada si partimos de la base de que los nombres propios no han sido siempre no connotativos, según la distinción hecha por Stuart Mill entre *nombres connotativos* (esto es, los comunes) y *nombres no connotativos* (esto es, los propios). Los antropónimos, los topónimos, los nombres de las deidades y otros no han sido, al menos en su origen, meramente designativos, sino que han tenido significado preciso y siempre de acuerdo con los deseos, creencias y esperanzas de la tribu o del miembro de la tribu que ejecutaba la acción de nombrar. Así se desprende de las tradiciones grecolatina —piénsese en los *cognomina* romanos—, judeocristiana —recuérdese el mismo nombre hebreo de Jesús— y árabe —como revela el estudio de Ana Labarta sobre los moriscos valencianos—<sup>2</sup>, aunque puede decirse que este modo de nombrar responde a una tendencia natural de la práctica totalidad de los pueblos primitivos. En todo caso, estas tres culturas que acabo de mencionar, que han forjado la cultura española, han podido dejar una huella importante en nuestras tierras en la costumbre de crear nombres con semas, y sin duda alguna ha sido así entre el pueblo.

Esto es aún más evidente en la onomástica de los personajes y de los lugares que aparecen en las leyendas, mitos y en la literatura popular de cada comunidad. En los cuentos tradicionales, por ejemplo, es frecuente encontrar individuos cuyo nombre nos ilustra sobre su carácter, su aspecto físico, su oficio, etc., o nos anuncia su destino futuro. La paremiología, que forma parte de las manifestaciones populares, no puede sustraerse a esta inclinación.

La literatura culta tampoco se ha zafado de esta manera de nombrar; es más, la ha utilizado profusamente en determinados momentos de la historia. Baste ver la literatura griega, o la Comedia Nueva, en concreto la labor en este sentido de Plauto, cuyos personajes dramáticos tienen siempre un nombre que juega un rol importante en la propia pieza, sirviendo directamente o por antífrasis para definirlos, como ha demostrado Matías López López en su Tesis doctoral inédita<sup>3</sup>. Baste ver también la literatura española de los Siglos de Oro y la europea de la misma época, la obra de autores concretos como Galdós, o piezas indiscutibles y archiestudiadas como *El Libro de Buen Amor* o *La Celestina*.

<sup>2</sup> *La onomástica de los moriscos valencianos*, Madrid, CSIC, 1987. En este trabajo, la autora estudia los antropónimos desde un punto de vista semántico, estableciendo una tipología interesante pero incompleta. Dedicó un capítulo concreto al nombre propio femenino.

<sup>3</sup> *Los personajes de la comedia plautina: nombre y función*, Universidad de Barcelona, 1986.

Pero todavía más. José Luis Alonso Hernández, en un trabajo memorable<sup>4</sup>, ha estudiado brevemente la antroponimia de la germanía y ha insistido sobre este hecho. Sus conclusiones pueden sostenerse para el argot de la delincuencia de hoy, incluidos, pues es lo que aquí trato, los nombres propios.

Son muchas las posibilidades que en este sentido ofrecen los refranes. Yo sólo voy a centrarme ahora en la onomástica femenina, sin ni siquiera incluir los sobrenombres o alias, dado que el tiempo y el espacio que debo ocupar no me permiten más.

El *corpus* que he utilizado está extraído de un refranero temático sobre la mujer que he elaborado muy recientemente, aún no publicado, y que cuenta con 10.884 entradas. De todas ellas, 1.001 paremias presentan como mínimo un nombre o apellido de mujer, tenga o no significado y lo exija o no la rima.

Me voy a centrar únicamente en los *nombres parlantes*, tal vez lo más interesante de la onomástica paremiológica. Por *nombres parlantes* entiendo aquellos antropónimos de los que acabo de hablar para la literatura popular y culta, es decir, los nombres de pila y/o apellidos que aportan información específica sobre las personas o personajes que los ostentan. Esta expresión fue usada por primera vez por G. E. Lessing en 1768, en *Hamburgische Dramaturgie* 2, pág. 90 —pero de la que tenemos constancia indirectamente gracias a haber sido recogida por Lachmann y Muncker, en *Sämtliche Schrifte*, x, 1884, pág. 165—<sup>5</sup>, y tiene una larga tradición literaria.

La primera gran clasificación que se puede establecer dentro de los *nombres parlantes* femeninos en las fórmulas gnómicas es entre antropónimos ya existentes en el acervo onomástico castellano, por un lado, y las acuñaciones paremiológicas, por el otro.

El primer grupo es el menos productivo, entre otras razones porque son pocos los nombres propios tradicionales que tienen un significado con el que se pueda jugar dentro del refrán y que sea conocido por el grueso de la comunidad —no me refiero a su etimología, por supuesto, que casi nunca está en la mente del pueblo—. En total he recogido 16 antropónimos femeninos de esta clase, que se dividen a su vez en dos tipos distintos:

— aquellos que refieren directamente algo de los personajes que los poseen; por ejemplo,

*A lo justo se ajusta **Justa**, y eso me gusta*

— y los que lo hacen por antífrasis en una clara actitud irónica, muy característica de todas las manifestaciones populares y de la paremiología misma; por ejemplo,

*La **Benita**, que se vendía por uvas, y era suya la viña  
La casta **Susana**, que enterró a tres maridos y aún le quedó gana.*

Dentro de los antropónimos por alusión directa, además del nombre mencionado (*Justa*) que refleja un elemento del carácter del personaje al que alude

<sup>4</sup> *El lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII: La Germanía*, Universidad de Salamanca, 1979.

<sup>5</sup> Así citado en M. LÓPEZ, *ob. cit.*, nota 7, pág. 12.

la paremia, están los que paso a relacionar, por orden alfabético, junto al tipo humano al que representan.

*Clara* es una ramera, y tiene ese nombre porque, como dejan constancia los mismos refranes, el oficio de la prostitución es evidente en las mujeres que lo ejercen, ya desde su propio aspecto físico hasta sus mismas maneras de estar y comportarse.

*Celestina* es una alcahueta, en un caso, y en otro, es una hechicera o bruja. Recuértese que el personaje literario que ha hecho popular y universalmente conocido este nombre combina estas dos facetas. Es más, las fórmulas gnómicas, y la propia historia y la literatura, suelen presentar unidas la alcahuetería y la brujería, pues uno de los métodos para rendir a la mujer a la que ama el que contrata sus servicios es la utilización de pócimas, conjuros y objetos hechizados.

*Constanza* es perseverante, con aplomo moral, como su propio étimo indica, cuyo significado es ligeramente distinto al nuestro de *constancia*.

*Delicia* es codiciosa, y su nombre es ése porque está seducida —y eso significa *delectare*— por el dinero, por el cual siente un afán infinito.

*Doña Dolores* es quejica.

*La tía Elena* es la muerte. En este caso, parece haber quedado entre las gentes la idea sobre la que se sustenta este nombre, del que Esquilo explica que es derivado de *ἡ ἐλένας*, que significa 'funesta para los buques'<sup>6</sup>. Puede ser, también, que este antropónimo se hubiera asociado a lo largo de la historia a la figura legendaria de la causante de la guerra de Troya —otra vez una mujer que trae los males al mundo—, cuyo nombre es claramente parlante. A partir de allí, pudo haber una corriente, aunque más debiera ser culta que popular, que mantuviese este antropónimo ligado a la imagen de la muerte.

*Doña Lucía* es la que tiene la lumbré y la reparte entre las vecinas, con una clara alusión a la luz que da el fuego.

*Manuela* es una mujer de clase humilde, asociada al nombre de *Juan*, también indicativo de clase social para el varón, como lo es asimismo *Pedro* en la paremiología española. En las diferentes épocas de la historia, las comunidades han tendido y tienden a marcar sus distintos grupos sociales, religiosos o raciales, incluso políticos, entre otros medios, con los mismos nombres propios con los que eran y son bautizados los miembros de cada clan, de manera que se les pudiera y pueda adscribir directamente al grupo al que pertenecen para que el trato que reciban sea de acuerdo con las características de ese grupo del que forman parte. Si se diera la circunstancia de que uno de los clanes fuera perseguido, por alguna razón, por el resto o por otra tribu, lo primero que se esconde o cambia es el nombre, a través del cual pudiera descubrirse su pertenencia a los *indeseados* —recuértese lo que sucedió en España con los judíos—.

*María de Toledo* es gorda y pesada. Según José M.<sup>a</sup> Sbarbi en su *Gran diccionario de refranes de la lengua española*<sup>7</sup>, este nombre hace referencia a

<sup>6</sup> Citado por A. Room, *Room's Classical Dictionary. The origins of the names of characters in classical mythology*, Londres, 1983, pág. 151.

<sup>7</sup> Buenos Aires, Joaquín Gil editor, 1943, pág. 597.

una de las campanas de la catedral de esa misma ciudad, templo que está dedicado a Santa María, y por tal se le conoce.

*María de la Paz* es la esposa que apacigua la cólera del marido, cumpliendo una de las obligaciones que los refranes asignan a las casadas.

*María Leocadia* es una alocada o, más aún, una mujer loca. En este caso, no es el étimo el que da el significado a este antropónimo, sino que responde a un juego de palabras basado en la similitud fonética entre *Leocadia* y *loca*.

*Ritita* es una prostituta o, como mínimo, una mujer muy casquivana. El uso de este antropónimo para este tipo femenino debe venir dado por la costumbre de utilizar la exclamación *¡Rita!* por los pastores como grito para atraer a las ovejas que se apartan del rebaño —según consta en el diccionario de María Moliner—, como si todas ellas se llamaran así, y no se olvide la concupiscencia que naturalmente se atribuye a casi todos los animales.

El nombre de *Rita* aparece además en otras construcciones paremiológicas en las que representa un personaje ingenuo, que se lo cree todo y que acarrea con aquello que no desean hacer los demás.

En cuanto a los antropónimos que informan por antífrasis de algún aspecto personal de las mujeres que los poseen, sólo he recogido cuatro, y son los que siguen.

*Doña Clara* es pobre y, sin embargo, lleva el tratamiento de *doña*, que corresponde a personas de clases sociales pudientes. Si bien esta fórmula está relacionada con un grado determinado de estudios, no se olvide que el nivel sociocultural se mide conjuntamente salvo excepciones, y que, en lo que respecta a las mujeres en la sociedad tradicional española, iba relacionado con el *status* del marido o del padre.

*Dorotea* es, en un caso, honesta pero porque no se le ha presentado la ocasión para dejar de serlo, y, en otro, una mujer intrigante que se muestra con una capa de falsa inocencia para engañar a los demás. Su personalidad va en contradicción con lo que significa su nombre en griego, a saber, 'don de los dioses'.

*La Benita* es siempre una ramera. Es evidente que, a causa de su oficio —mal visto por la sociedad y tenido por pecaminoso por la religión católica—, no puede ser considerada una llena de gracia o una bendecida por la divinidad, tal y como su nombre indica.

*Susana* —que lleva el apodo de *casta*— es lujuriosa, por oposición a la mujer bíblica con el mismo antropónimo, que fue víctima de la maldad de unos viejos que intentaron vengarse de ella por no haber querido acceder a sus requerimientos carnales.

Pasemos ahora a los *nombres parlantes* gnómicos que son resultado de la acuñación popular o bien son de origen literario pero que han cuajado entre las gentes. En ningún momento me ocuparé de la paternidad de cada antropónimo, es decir, si pasó de la literatura a la tradición popular o al revés; en realidad es irrelevante para mi estudio, ya que lo único que importa aquí es el éxito que ese nombre tuvo entre el pueblo y que llevó a estamparlo en la tradición oral.

Los métodos de creación de estos neologismos onomásticos son cinco. El más frecuente es el que elabora nombres compuestos constituidos por el

diminutivo apocopado de *María*, esto es, *Mari-* en el primer miembro, seguido de un sustantivo o adjetivo, incluso de un sintagma preposicional, que pueden aparecer en su forma ortodoxa o bien deformados por exigencias de la rima o por expresividad: así *Marigargajo*, para el primer tipo (*Mari*+sustantivo); *Mari-suciales*, para el segundo (*Mari*+adjetivo); y *Marisincasa*, para el último (*Mari*+sintagma preposicional). Algunos de estos términos, poquísimos en realidad, están recogidos en el seno del *Diccionario de la Real Academia*; pero la inmensa mayoría, como ya delataba Julio Cejador en 1911<sup>8</sup>, no han recibido acogida entre sus páginas.

Otro método es el de añadir a la fórmula de tratamiento *doña* un nombre propio nuevo creado a partir de un sustantivo (*Doña Quejumbres*), de un adjetivo (*Doña Perpetua*), de un verbo (*Doña Venga*) o de un adverbio (*Doña Nada*).

Un tercer procedimiento de acuñación es el que toma un adjetivo que identifica alguna característica del personaje, y lo convierte en nombre propio; a este sistema responden los siguientes: *Bella*, *Cenicienta*, *Crespa*, *Pernajona* y *Rollona*.

Una manera que combina en cierto modo las dos anteriores es la que consiste en utilizar un sustantivo o adjetivo que refleje algo del personaje, colocándole delante el elemento *tía*: *tía Canillas*, *tía Cosijos* y *tía Cotilla*.

Por último, el quinto sistema es el que elabora un nombre a partir de la fusión de un verbo y un sustantivo que hace las veces de su complemento directo; de este tipo son los antropónimos *Trotaconventos* y *Trotaburdeles*.

Entre los *nombres parlantes* acuñados también se puede establecer la misma taxonomía que hemos visto dentro de la onomástica preexistente al refrán; me refiero a la división entre antropónimos utilizados propiamente para un tipo de mujer determinado del que descubren o evidencian algo (por ejemplo, *Guarda doña Estrujada para doña Despilfarrada*), por una parte, y, por otra, aquellos que patentizan una característica concreta aludiendo a su contraria, con el deseo de impactar al oyente, pero sobre todo para dejar sentada la antítesis entre las dos ideas o las dos realidades enfrentadas (por ejemplo, *Olíale mal a Marifinura, y estaba sentada sobre su basura*).

Tratemos primero los antropónimos que refieren directamente una cualidad o defecto, o bien un rasgo físico de los personajes femeninos que los ostentan. Son los que paso a relacionar.

*Bella* es la hija hermosa, pero sólo después de haber pasado el sarampión y la viruela, enfermedades que pueden dejar cicatrices que afeen el rostro.

*Cenicienta* es sucia, como es propio de la que trabaja en el hogar y queda manchada por las cenizas de las astillas ardidas para cocinar o calentar la casa.

*Doña Basta* es la segunda de las hijas de un matrimonio, esto es, la que marca el número de vástagos de este sexo suficiente en una familia.

<sup>8</sup> En un artículo publicado en *El Imparcial* del 20 de marzo de ese año, y que es citado por LUIS MONTOTO RAUTENSTRAUCH, en su libro *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de Castilla II*, Sevilla, Librería de San José, 1911, pág. 152, bajo el epígrafe de *Marimacho*. Cejador recoge en este texto varios nombres creados a partir de *Mari-* de los que no he hallado ninguna referencia en las paremias y que, por lo tanto, no he incluido.

*Doña Despilfarrada* es derrochadora, por oposición a *Doña Estrujada*, de la que aprovecha el dinero que ésta ha guardado para malgastarlo.

*Doña Estrujada* es ahorradora.

*Doña Ná[da]* es pobre.

*Doña Otra* es la esposa del prójimo, la cual se enfrenta a *Doña Perpetua*.

*Doña Perpetua* es la mujer propia, en una evidente alusión a la indisolubilidad del matrimonio en la sociedad española tradicional, regida por las normas de la religión católica, que no admite el divorcio.

*Doña Quejumbres* es quejica, una enferma imaginaria, como lo son todas las mujeres en general, a tenor de la imagen femenina que transmite el Refranero español.

*Doña Sobra* es la tercera de las hijas de un matrimonio, lo cual ratifica otra idea que subyace en las paremias de nuestra comunidad, esto es, la aversión, el rechazo incluso, de la descendencia femenina porque no sólo no contribuye al sustento del clan, sino que además desgaja parte de la hacienda familiar en la dote que entrega al casarse.

*Doña Toda* es la que no se pierde ninguna boda. Muy en consonancia con el hecho de que, en la sociedad tradicional, el sexo femenino estaba recluido siempre entre las cuatro paredes del domicilio paterno o conyugal, teniendo como única diversión permitida asistir a la celebración de una boda y a la fiesta consiguiente, como también queda reflejado en el Refranero mismo.

*Doña Venga* es la primera hija de un matrimonio, la única deseada.

*Mancanona* es ingenua o tonta y mala administradora, siguiendo, para el primer sentido, la palabra *manco* que significa en germanía 'tonto' —si bien referido al inexperto en el juego de cartas—, y, para el segundo sentido, la idea que aparece en la expresión *manirrota* —que es lo mismo que *manca*—, con la que se designa a la persona derrochadora.

*Marianqueta*, y su variante *Mariancheta*, es la que aprovecha cualquier ocasión para bailar, de manera que el antropónimo señala el movimiento de las caderas cuando se danza. También puede aludir a una casquivana, dado que el Refranero ve como poco deseables a las mujeres que les gusta ir a bailes y a fiestas porque son lugares donde la tentación acecha y donde pueden perder la virginidad o ser infieles al marido. En este supuesto, iría en relación con la expresión en germanía de *andar el anca*, que refiere la forma en que la ramera hace el acto sexual con el cliente y, por extensión, significa ejercer la prostitución.

*Mariardida* es laboriosa y trabajadora. El adjetivo *ardida*, que forma parte de este nombre propio acuñado, aparece en el *Diccionario de la Real Academia* y en el de María Moliner con el significado de 'valiente, intrépida, atrevida'; es, además, el único significado etimológico que da Joan Corominas en su lexicón. Sin embargo, en todas las paremias en las que aparece, y no son sólo las que presentan este antropónimo, *ardida* tiene exactamente el mismo sentido que el que se da al personaje al que éste se refiere, a saber, mujer que realiza con prontitud y eficiencia las labores domésticas. Es curioso que ninguna obra lexicográfica haya recogido este uso del adjetivo *ardido-ardida*, el cual, sin duda, debió existir en la lengua del coloquio pues ha dejado rastro en los refranes. Tal vez pudo derivar del sema 'esforzado', aunque se refiera en su origen al esfuerzo de dominar el miedo que hacen las personas valerosas.

*Maribasura* es sucia.

*Maribobales* es tonta.

*Maricaca* es torpe. En concreto, las paremias se refieren a la torpeza en la costura, dejando sentado un claro desprecio por la mujer que no sabe coser, una de las funciones asignadas tradicionalmente al sexo femenino.

*Maricochambre* es holgazana y su holgazanería le lleva a no ganar sustento para vivir. El segundo miembro del antropónimo, *cochambre*, que significa 'suciedad, basura', puede hacer referencia a que la gandulería de la coprotagonista del refrán —la otra es *Mariardida*— le conduce incluso a no lavarse.

*Mariconcón* lanza muchas ventosidades. Seguramente relacionado con *concón*, nombre que tiene el viento en algunas zonas dialectales.

*Maricontoneo* es andariega, aunque también puede referirse a la prostituta. El nombre alude al movimiento del cuerpo, en concreto de las caderas, al andar, efecto que las ramera exageraban para atraer a clientes, al menos así queda reflejado en la tradición paremiológica.

*Marigargajo* es sucia, como sucio se considera en nuestra sociedad esputar.

*Mariguiñapos* es mugrienta y andrajosa.

*Marihumillos* es pretenciosa. En relación con la expresión coloquial *tener humos*, usada con el mismo sentido.

*Marimacho* es hombruna, como lo indica la combinación del nombre propio de mujer y el término que designa animal de sexo masculino.

*Marimiguel* es mandona. Este antropónimo revela que la docilidad se tiene por un atributo femenino, y que el varón es el único que posee dotes de mando, las cuales le confieren el privilegio de gobernar, del que están excluidas las mujeres. Por ello, la que no cumple con el prototipo de su sexo es masculina, y, en consecuencia, es bautizada con un nombre propio de varón, en este caso *Miguel* por exigencias de la rima.

*Marimoco* es mocosa, en una fórmula gnómica, y, en otras, es torpe cosiendo, como ocurre con las personas que empiezan a aprender alguna actividad física, y sin duda es el caso de este personaje paremiológico que debe ser una niña.

*Mariparda* es una casamentera, y lleva este antropónimo porque su oficio exige astucia, y a la persona astuta y bellaca se le da el nombre de *pardal* en la lengua de los maleantes de los siglos XVI y XVII.

*Marirrabadilla*, con sus variantes *Maribadilla* y *Marirrabidilla*, parece ser una prostituta con pingües beneficios pues no carece de lujos, considerando como uno de ellos el hecho de comer cada uno de los que habitan en la casa en su propia escudilla, siendo que en la sociedad tradicional era típico que todos los miembros de una familia comieran en un solo plato comunal. El oficio de ramera queda patentizado en que *rabadilla* significa en germanía 'coño', 'aparato genital femenino'. Montoto, basándose en la explicación que da Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, sostiene que corresponde a una mujer desvalida que se ve obligada a arrastarse para alcanzar lo que necesita. Creo, humildemente, que estos dos monstruos de la paremiología andan errados en este caso. De no ser así, este antropónimo no podría explicar el significado del refrán y, por ende, no tendría *ratio*.

*Marirrisa* es alocada y despilfarradora, en estrecha relación con la idea que



transmiten bastantes refranes de que la mujer que ríe mucho no es sensata. Se opone a la figura de su padre, *Pero Afán*, que trabaja «afanosamente» para ahorrar dinero.

*Marirrodilleja* es ruin, y forma pareja con *Juan Estropajo*, otro ruin. Sus nombres vienen dados por la escasa consideración que tienen ambos objetos, la *rodilla para fregar suelos* y el *estropajo*, que tiene un uso similar.

*Marisincasa* es andariega, no tiene hogar, y parece ser también una prostituta que va de un lugar a otro del pueblo o ciudad buscando clientela.

*Marisuciales* es guarra.

*Maritornes* es una moza de mesón, sucia y fea, tenida por poco valiosa. Todos los refranes repudian a este personaje porque se supone que ha estado en los brazos de muchos de los varones que han pasado la noche en la venta en la que trabaja. Su nombre debe venir de *tornes*, moneda antigua de escaso valor que pasaba de mano en mano.

*Marizancajo* es baja y desgarbada. Antropónimo creado a partir de *zancajo*, esto es, 'talón', como si no pasara de la estatura que marca esa parte del cuerpo.

*Pernajona* es torpe, porque sus largas piernas, pues eso significa este nombre, le impiden moverse con agilidad.

*Rollona* es ingenua en las paremias, si bien se utiliza también en el coloquio con el sentido de 'mujer gorda y fuerte'. El primero de los dos significados puede provenir del término *rollar*, usado en germanía para referirse a una persona llana e ingenua. El segundo viene a partir de la imagen de la niñera, pues eso y no otra cosa es *rolla* en algunas zonas dialectales.

*La tía Canillas* es una mujer delgada y con las extremidades inferiores largas, como indica su propio nombre, el cual hace alusión a cualquiera de los huesos de cierta extensión que se encuentran en la pierna o en el brazo.

*La tía Cosijos* lleva toda la ropa cosida con remiendos.

*La tía Cotilla* es chismosa.

*Trotaconventos* es una alcahueta, pero podría ser una ramera.

*Trotaburdeles* es la daifa del rufián *Rajabroqueles*, otro nombre parlante.

Son mucho menos numerosos los ejemplos de antropónimos creados en el seno de un refrán que informan por antífrasis de algún rasgo del personaje paremiológico; en total 8, frente a los 42 que aluden a una determinada característica diferenciadora, pero enunciándola directamente. Se trata de los siguientes.

*Crespa* es tiñosa y, como se sabe, esta enfermedad del cuero cabelludo puede provocar, entre otros efectos, la caída del pelo. Véase la ironía de que una mujer casi calva lleve por nombre una palabra que en una de sus acepciones significa 'melena', sentido más apropiado aquí que el de 'persona con cabellos muy rizados'.

*Doña Ná[da]* es pretenciosa, pues sin tener riquezas —ya hemos visto que es pobre— va muy acicalada.

*Maribasura* es, como su nombre indica, sucia, pero pretenciosa.

*Marifinura* y *Marigargajo* son ambas remilgadas y, al mismo tiempo y contradictoriamente, carecen de aseo.

*Marisabida* y *Marisabidilla* son dos mujeres que, sin tener grandes conocimientos, se las dan de sabias.

*Marisuciambre* es pobre y se preocupa más por su aspecto externo que por comer, yendo muy afeitada pero estando muerta de hambre.

Quedan una serie de antropónimos que acompañan siempre a un personaje determinado en el Refranero, en los que no he podido establecer la *ratio*. Son: *Mariangola* (mujer insulsa), *Marichiquita* (mujer que está todo el día de visita en visita), *Maricomino* (mujer remilgada), *Marimanta* (mujer espantosamente fea), *Marimontón* (mujer holgazana y con suerte), *Maripitanzos* (sin identificar; es la que guarda los patos), *Marizápalos* (bruja), *Marizárpalos* (mujer sucia y desaliñada) y *Tana* (prostituta).

No quiero acabar sin dedicar un breve espacio a los gentilicios *parlantes*, para así concluir todo lo relacionado con este recurso de la lengua de los refranes, ya que no puedo entrar en los antropónimos paremiológicos que no son utilizados con significado directo o por inversión.

Casi la totalidad de los apellidos *parlantes* que hallamos en las fórmulas gnómicas son de nueva acuñación, aunque sean posibles en la onomástica española, y los métodos utilizados son los mismos que hemos vistos para los nombres propios. Las excepciones son:

- *Alegre*, que es una mujer llorona (por antífrasis);
- *Mari* o *Marina Franca*, que es una casquivana y se entrega con franquicias a cualquiera; y
- *Mari Sarmiento*, que es una mujer que tiene vinos y es frágil como un tallo o una hoja a los que arrastra el viento.

Veamos cuáles son los demás gentilicios paremiológicos.

*Mari Hénder* es sucia y asquerosa. Puede haberse creado a partir de *hez* o desde *heder*.

*Mari Holgada* es rica y, como tal, puede prestar dinero a las demás y puede dedicarse a la vida contemplativa sin necesidad de trabajar.

*Mari Suciales* es sucia, lo que no quita que sea pretenciosa y remilgada. Estaría en la misma línea que *Marifinura* y *Marigargajo*, de las que ya he hablado.

*María Gobierno* es mandona.

*María Papeles* es chismosa y liante.

*María Revuelta* se caracteriza por lanzar muchas flatulencias, por revolvérsele las tripas para peder.

*María Sotana* es desgredada; seguramente su apellido está haciendo referencia a una acepción informal de este término, a saber, 'paliza', y, después de una buena somanta, el aspecto del que la ha recibido suele ser deplorable.

*María Trabajada* es la mujer que no hace más que trabajar pero sin conseguir ganar suficiente dinero, por lo que se ve obligada a pedirselo prestado a *María Holgada*.

A *Mariquita Rebozo* le gustan sobremanera los afeites y adornos, y recuérdese que *rebozo* es una prenda con la que se cubre la parte inferior del rostro o bien es una mantilla.

Por último, restan los gentilicios acuñados por inversión.

*Hogaza*, apellido de una mujer cuya hija se muere de hambre.

*Mari Husos Siete* es una pobre que quiere hacer creer que tiene más de lo que en realidad posee.

Y *Mari Trecehusos* es holgazana y, naturalmente, no hila en absoluto.

A lo largo de todo este trabajo, el lector se habrá percatado de que los antropónimos con *ratio* que aparecen en las paremias inciden siempre, salvo alguna excepción, en dos cuestiones: el aspecto físico de la mujer, y sus defectos más que sus cualidades. A través de ellos podemos saber que la sociedad tradicional española repudia en el sexo femenino la falta de limpieza, la falta de sensatez, el despilfarro, la excesiva tendencia a quejarse de algún mal, el no permanecer recogida en el hogar, la desorganización, los remilgos, el ser pretenciosa, la falta de docilidad, la holgazanería, el deseo de saber, la murmuración, el llanto constante, el demasiado afeitado, la pérdida de la virginidad, la expulsión de ventosidades y el deseo de aparentar. Falta realizar un análisis similar con los nombres propios masculinos para comparar estos rasgos con los considerados reprochables en el varón y establecer las diferencias en su justo lugar. De todos modos, el estudio etnolingüístico del arsenal paremiológico español existente sobre el sexo femenino, que he realizado en otro lugar, me permite asegurar que los resultados aquí obtenidos están en perfecta consonancia con el tono general del Refranero español.

Éstos han sido todos los antropónimos con los que he topado en mi estudio de los refranes sobre la mujer. Es posible que algunas de las interpretaciones que he dado admitan matizaciones. En cualquier caso, han permitido demostrar la productividad de este recurso que intenta profundizar en la psicología de los personajes aun dentro del laconismo característico y casi esencial a las fórmulas gnómicas.

